

CUARENTA AÑOS DE HISTORIA COMPARTIDA PASIÓN, DEBATE Y SABERES EN EL ANUARIO IEHS

Sandra Gayol¹

Publicar los números del volumen 40 del *Anuario IEHS* es una celebración. Su continuidad en estos largos años tiene algo de proeza, pero la revista no es un milagro caído del cielo, sino el resultado del compromiso académico y la labor sostenida de sus equipos editoriales, el apoyo institucional de la UNCPBA y el financiamiento público. Creado casi a la par del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, el *Anuario* era el hijo mimado de un grupo de docentes del Departamento de Historia convencidos de que la universidad debía ser sobre todo un centro de producción de conocimientos. Por supuesto que para mí fue mucho más que “un espacio de comunicación diverso y plural de la historia argentina y latinoamericana” como se leía desde entonces en cada nuevo número publicado. Era un espejo del proceso transformador de las universidades públicas que continuaban saliendo de los estragos de la última dictadura, de los cambios de paradigma en la historia y de la constitución de un campo profesional específico. Si por entonces la disciplina en Occidente revisaba los cimientos sobre los que había construido sus verdades –era un momento de cuestionamiento de los grandes modelos interpretativos, especialmente el marxismo y la escuela de *Annales*–, aquí en la Argentina había que ponerse a tiro con los debates más globales e iniciar un proceso de profesionalización del campo historiográfico local internacionalizado.

El *Anuario* nació en este contexto y floreció como un dispositivo que empapaba a los lectores de discusiones y marcos de referencia conceptuales y teóricos –en sus múltiples formas– y como una forma de capital de reputación y respeto de su grupo fundador, trayectorias académicas prestigiosas y prestigiadas en la construcción institucional y la generación de conocimiento. Los más destacados historiadores, las colaboradoras más reconocidas aparecen desde el inicio de la publicación pensada desde siempre como una revista para especialistas. En ese entonces no era sospechoso ni problemático que el equipo editorial publicara en la misma revista que editaba y que lo hiciera con frecuencia. Había un número muy limitado de revistas académicas en Argentina y el artículo era parte del camino razonado y sin prisa que encontraba en el libro su destino natural. Un buen historiador debía escapar a la urgencia, prescindir de las demandas y agendas de la coyuntura, no enredarse con las pasiones políticas

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.

del día. No se trataba de estar en la torre de marfil ni de un objetivismo bobo, por supuesto, sino más bien de una cierta dificultad o resistencia para reconocer la politicidad de ciertas prácticas, de hacer explícitamente propias las preguntas del conjunto, de participar, en tanto historiadores, de inquietudes compartidas por las mayorías. El compromiso ciudadano y la pasión constructiva derramaba en la formación de nuevas generaciones de estudiantes, en la renovación de los programas de las materias y los planes de estudio de las universidades públicas, en el tesón arrollador de desviarlas/ nos/me del provincialismo historiográfico.

Se cuenta que el impulso inicial fue de Juan Carlos Garavaglia y que fue Norberto Álvarez el responsable de la diagramación. ¡Cómo no recordar la tapa color naranja rabioso del primer número o el turquesa estridente del tercero! Pasión y compromiso, entrega y diversión se replicaban en los momentos finales del proceso de edición.

El acceso abierto inmediato a su contenido, la posibilidad de leerlo, descargarlo, compartirlo, imprimir en nuestras casas el artículo que bajamos desde la página web, en suma, la consulta en pedazos del *Anuario* que podemos hacer hoy no borra mi experiencia de estar en una sala pequeña del modesto edificio del Instituto, en la memorable calle Pinto n° 348, en torno a la mesa repleta de originales tipeados y luego impresos a la espera de la compaginación y revisión final. Los primeros números son fieles transmisores de este origen artesanal, con una caligrafía de máquina de escribir y la impresión en un papel grueso, amarillento y tan poco amigable al tacto. Todo muy rústico y muy colectivo. Esos días de vorágine, de chisme, hospitalarios de discusiones muy diversas que yo no siempre comprendía, fueron también formativos en mi oficio de historiadora, entrenándome en habilidades de evaluación, edición, gestión y ampliación del horizonte hacia donde miramos los historiadores.

La hechura hoy tan añeja, la materialidad inicial tan ajena para las nuevas generaciones, fue una plataforma importante para la difusión de investigaciones en historia –mucho más tardíamente de las ciencias sociales–, especialmente centradas en la historia argentina y americana.

Sabemos que los hechos que el historiador va escogiendo, las preguntas que va planteando, la imagen que va delineando de la realidad que estudia es el resultado, parafraseando a Paul Veyne, de la conjunción azarosa entre historia personal, formación intelectual y preocupaciones y obsesiones de su época. El *Anuario* no es ajeno a este postulado, pues despuntó como una expresión colectiva de la puesta en común de trayectorias individuales nucleadas originalmente en torno a “los estudios del mundo rural”, “los estudios de población” y la “historia política” con la vocación expresa de contrarrestar “demasiada historia económica”. Este último anatema explicitado en el primer número no era otra cosa que desprenderse del determinismo economicista, sólo eso, ya que es sencillo encontrar en sus páginas, y en el curso de los años, estudios sobre el sistema económico colonial, sobre la organización de los mercados en diferentes períodos históricos, análisis también de la economía en el Río de la Plata, de las crisis, la deuda externa en América Latina o, para citar otro ejemplo, sobre los flujos comerciales.

Creo que esta declaración del primer editorial le dará una impronta indeleble. A pesar del conglomerado por momentos infinitos de temas que encontramos hoy como objetos de indagación histórica, de las “migajas” de la disciplina, de los múltiples senderos conceptuales y de perspectivas analíticas que hoy podemos transitar para acercarnos al pasado, el *Anuario* mantiene su fidelidad a las etiquetas iniciales usadas para ordenar, agrupar, los artículos que se publican. La estabilidad de “estudios del mundo rural” –se mantuvo por más de una década– va a la par de “historia política” o “Estado y política” que no impidió, no obstante, publicar en 1990 “Género e Historia” (presentado en el editorial por la llamativa frase “uno de los más recientes y fructíferos campos de la historia social”) en el marco de una academia hostil a los análisis con perspectiva de género.

¿Qué estudiante de la UNCPBA podía prescindir empaparse de la discusión sobre la fuerza de trabajo de la campaña rioplatense a fines del período colonial? Los ecos de esta controversia resonaron en el tiempo y alimentaron la vocación polémica del *Anuario* que era también la de un campo que estimulaba tanto como alardeaba del altercado, el debate académico argumentativo y razonado. La sección “Notas críticas” o “Reseñas críticas” fue otro modo de alimentar la reflexión y de entrenarnos en el espíritu crítico. Este mundo que parece que hoy hemos perdido no desapareció del todo de la revista. Imagino el esfuerzo del actual equipo editorial para poder publicar debates historiográficos, alentar la deliberación conceptual y hermenéutica de una disciplina tan cacofónica como fragmentada y muy reacia al contrapunto público.

Parece redundante batallar hoy por la autonomía relativa de la política, insistir en que quienes aparecen compitiendo por el poder no agotan su identidad como representantes de las clases sociales a las que pertenecen, o también nos puede parecer trivial insistir en la necesidad de explorar el proceso político incluyendo una pluralidad de instancias y de actores, o en la urgencia de poner el foco, por caso, en el estudio de un partido político específico. Nada de todo esto era redundante y obvio a fines de los 80. Bajo el generoso paraguas de “historia política” el *Anuario* y el *Instituto de Estudios Histórico-Sociales* albergaron por mucho tiempo un conglomerado de trabajos y de temas amplísimos. Era difícil no encontrar refugio. Mi primera publicación académica, en el temprano tercer número de 1988, fue precisamente en la sección “Política, Estado y Economía”. Era una reformulación acotada de la “tesina” que hicimos conjuntamente con Julio César Melón Pirro y Mabel Roig para obtener el título de Profesorado y Licenciatura en Historia. Todavía recuerdo los malabares para seguir los tres juntos en ese camino que sería apenas el inicio de nuestras vidas académicas, las aguerridas discusiones casi por lo que fuere y también el enorme esfuerzo por converger en una escritura coherente que era también nuestra primera experiencia de generar conocimiento, y a seis manos. Juan Carlos Grosso, Graciela Malgesini y Eduardo Míguez corrigieron y pulieron muchas veces el original del artículo y también nos acicatearon: ¿por qué no hacer historia desde Tandil e incluyendo a Tandil en los grandes debates historiográficos? El *Anuario* y las investigaciones focalizadas en esta hermosa ciudad se

constituyeron en un espacio para aprender y discutir el peronismo, las culturas populares, el antifascismo o la inmigración en Argentina y en América latina.

Consultando de corrido todos los números del *Anuario* se percibe su poder para marcar el ritmo y tono de las querellas historiográficas, su plasticidad y capacidad para brindar sus páginas a temas, perspectivas, conceptos y documentos que se corrían/en del canon.

Tengo el *Anuario* completo en su formato impreso en mi biblioteca. Hoy, ojeando sus páginas, también me descubro, me recuerdo, como su lectora fiel y activa que escribía con lápiz, y en ocasiones con bolígrafo, notas al margen de los artículos en una caligrafía todavía inmune al estropicio que le generaría el uso de la computadora. Archivos judiciales, los significados sociales y políticos del honor, qué define a un grupo social, una vez más el peronismo, vinieron hacia mí y estaban ahí para acompañarme en mis estudios de formación de posgrado.

La conjunción entre el compromiso institucional con la posibilidad quizás excepcional de una época derivó en la continuación de la etapa formativa, la creación de especializaciones y especialmente de los estudios doctorales. La ruptura de expectativas entre aquellos, yo misma, que iban a estudiar historia para ser profesores del colegio secundario fue radical, y tal vez brutal y frustrante para quienes no quisieron o pudieron continuar en la "academia". En mi caso, fue la maestría y el doctorado en Francia, el regreso accidentado a la Argentina, un lugar en el *Anuario* como miembro del equipo editorial y, a fines de los años 90, cuando se creó el Doctorado Interuniversitario en Historia (UNCPBA / UNMDP) mi rol como secretaria académica e integrante del plantel de profesores. La configuración entre "veteranos" del oficio, doctores recientes, doctorandos y aspirantes a serlo apareció tempranamente y es uno de sus rasgos encomiables. El *Anuario* refleja también, desde su despuntar, un virtuoso equilibrio entre autores jóvenes y maduros, entre autores que pertenecen a la institución y externos a ella. También la mezcla intergeneracional en su comité editorial.

La gente olvidará lo que dijiste, olvidará lo que hiciste, pero nunca olvidará cómo la hiciste sentir, nos dijo una vez Maya Angelou. Como historiadora interesada en las emociones sé que están interconectadas con la memoria y afectan cómo recordamos eventos y experiencias y también sé que las emociones moldean la narrativa que construimos sobre el pasado. Momentos y sensaciones de mi tiempo en Tandil son parte de mis experiencias significativas y son parte de la historia del *Anuario*. ¿Cómo no intentar recrear la percepción del olor a tabaco de la pipa de Juan Carlos Grosso, señal inconfundible de su llegada al Instituto? ¿O la impredecible irrupción de Zacarías Moutoukias, que podía transformar una reunión del *Anuario* en una aventura intelectual plagada de ideas y de discusiones con sus pares? ¿O la febril y aterrada "conversación" en la que deslicé mi desinterés por ir a estudiar a París? Y en una deliciosa conversación, en febrero de 2025, con una amiga y colega que también transitó por la Universidad y por el proceso de creación de la revista, se me ocurrió preguntarle: ¿Qué te acordás del *Anuario*? Sin trepidar respondió: "como un lugar lleno de luz". El destello, el fulgor, le

aparece asociado con el entusiasmo y el optimismo de esos años de la recuperación de la democracia, decisivos para el país y para el ámbito científico y académico. Su fosforescencia imbricaba con reuniones, seminarios a cargo de renombrados investigadores invitados al Instituto y luego vendrían también publicaciones de libros.

No sorprende que el grupo de nuestros profesores, quienes impulsaron y lideraron el proceso de creación del *Anuario* se haya disgregado y que una nueva generación, formada por iniciativa de aquel, hiciera de relevo y que otras siguieran después. El número 40 de este año es la prueba de la continuidad de este proceso y evidencia la capacidad de mantener en tiempos de notable deterioro de la calidad del debate público un foro de difusión e intercambio de conocimiento histórico tan necesario en la deliberación pública y la construcción ciudadana.

Esa inmensa ambición inicial que atesoro entre mis recuerdos fue tan estimulante y luminosa como exigente y conflictiva. Me fui de la institución, pero nunca la abandoné del todo y, por supuesto, tampoco dejé de publicar en el *Anuario*. Me encanta sospechar historias de las personas obstinándome en leer sus labios en sus conversaciones de café o a partir de retazos de sus diálogos que escucho al pasar. Con estos restos diminutos, que son los que usamos los historiadores en nuestro oficio, imagino vidas. Hace bastante tiempo que sé que hay muchas vidas posibles, que la mía también es una trayectoria posible, pero en los rompecabezas que suelo armar con mis biografías imaginarias nunca me encontré dejando afuera a la UNCPBA, al IEHS y al *Anuario*. Descubrí en aquellos años la pasión compartida por la historia y el compromiso con la investigación, que fueron una invitación a navegar en la aventura, a imaginar proyectos de futuro, y que fueron los años de la creación de una comunidad intelectual vibrante y heterogénea, persistente hoy.